

LO CONCOMITANTE

La Transición se puede definir por los rasgos connotativos de la clase de mudanza operada en la cuestión de las libertades y de los poderes públicos, pero será incomprensible mientras no se traigan a cuento los hechos que la acompañaron, obrando a la vez que el proceso político (concomitancias), o la siguieron como sombras a los cuerpos (consecuencias). Aquí trato de establecer la pertinencia de las concomitancias apolíticas para comprender el antagonismo moral y cultural que distinguió a las dos fases constituyentes de la Transición, la de la liberación civil de la dictadura mediante la Ruptura democrática, y la constitutiva de derechos individuales y poderes estatales mediante la Reforma. Pues tal antagonismo, a fin de ser ocultado o disimulado en el consenso constitucional, llegó a ser causante del secuestro de la libertad política y de la representación de la sociedad, por parte de los partidos, así como de la vaciedad normativa de los derechos sociales y de las nacionalidades. La Constitución estuvo demagógicamente condicionada, pero no eficientemente causada, por la fase liberadora. Lo corrobora la circunstancia de que en cada una de las dos contradictorias fases obraron hechos concomitantes distintos y diferentes clases de concomitancia.

No todas las concomitancias sociales tienen el mismo valor para la comprensión del cambio político. Sólo interesan las que le son propias, y no comunes con otros países del mismo entorno cultural y del mismo tipo de vida. Según Avicena, lo concomitante no está en la esencia del cambio, pero nace por accidente en su vecindad. Así, por ejemplo, la explosión repentina de los juegos de azar, la libertad sexual, la inseguridad ciudadana, los negocios de especulación inmediata, las manifestaciones reivindicativas, las huelgas, la disminución brusca de la productividad, la apertura de restaurantes de lujo y salas de diversión, el desaliño en los modos de vestir, el auge de todo lo espectacular, la parlomanía, la chismografía como negocio, el chiste, y otras modas que aún perduran, son concomitancias confluyentes en la corriente matriz del cauce político. Por alguna razón no se produjeron durante la fase liberadora de la Transición, ni a la muerte de Franco, sino justamente después de que el súbito consenso entre los dirigentes de la dictadura y de la oposición democrática, diera ejemplo a los gobernados y los invitara a guardar silencio sobre el pasado, a abandonar los ideales de orden o libertad, que antes los habían enfrentado, y acudir a las urnas para elegir entre meros partidos estatales.

Si el Rey nombrado por Franco y el ministro del Movimiento se hacían los adalides del cambio hacia la libertad y la democracia, la irresponsabilidad y la frivolidad daban licencia y libre curso al florecimiento de lo concomitante de ellas. Si los jefes de partido se repartían por cuotas los poderes del Estado, en la militancia surgían de modo concomitante aspiraciones colectivas a nutrir la burocracia. La ambi-



ción del demérito profesional a ocupar los puestos de mando en la sociedad civil, Universidad, Hospitales, organismos y empresas importantes ha sido un fenómeno concomitante al del reparto de los órganos del Estado,

que fue la base del consenso definitorio de la fase constitucional.

Al calor del movimiento ciudadano promovido por la oposición a la dictadura, durante la primera fase liberadora surgieron miles de concomitancias sociales y culturales, de tipo altruista y sin intencionalidad política, que confluían en la corriente principal de la ruptura democrática. Tan pronto como la Transición entró en la fase consensuada y constitutiva de derechos, esas primicias societarias del espíritu democrático tomaron, contra la nueva corriente política, el carácter de concomitancias refluientes. La Transición no se comprende sin comprender el sentido ocasional de todo lo que le ha sido concomitante.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

PALABRAS SOBRE PALABRAS

Los caballeros de lazo y bola atrapaban a las reses en la Pampa mediante un cordel de cuero terminado en una bola de piedra. Pero había bolas sin manija que podían atropellar a cualquiera o convertir a los curruatados en dolientes reses inmóviles. Bastaba con que el curruatado de turno, pedantón al paño, se fingiese aplastado e inmovilizado por el sol pampero. Después vendría su oportunidad de convertirse en cabromachú escarapelado, encorsetado en brillante uniforme. Proto-próceres y eupátridas lustrosos de sudor, capaces de contemplarse en el espejo de la Historia y de terminar despreciando a los caballeros de lazo y bola. Eran los nuevos amantes de la libertad. De misólogos a profetas y estandartes de la democracia. De misántropos a fraternos amigos de la bienaventuranza de la justicia. De fautores de vandalajes, a hermanos del pueblo llano. La estampa que describe Roa Bastos de dos de estos sujetos cositeros es fascinante. Era el uno milico, capitán de milicias que se había distinguido por su celo revolucionario. Se dirigió a los súbditos para explicarles qué cosa



era la libertad y les enjaretó un discurso de seis horas sin decir nada, en una exhibición de babelismo acullillado. El otro era un cura digno del Areópago pero ungido por la timidez laboral propia del palafustán. Concluyó su arenga diciendo

que la libertad bien entendida no era más que la fe, la esperanza y la caridad. El uno del otro en pos, bajaron tomados del brazo y fueron a emborracharse en la comandancia, de donde rápidamente salieron órdenes de apresamiento, vejámenes e inicuos vandalajes, en nombre de las virtudes sobrenaturales que acababan de proclamar, contra los hombres y mujeres libres que se empeñaban en el ejercicio de una libertad distinta a la babelista y a la teológica. Los proto-próceres, borrachos o no, siempre piensan (cuando llegan a tan alto nivel de esfuerzo y capacidad) que la crítica y la rebeldía constituyen, en sí mismas, una afrenta contra el Estado o sus más sacrosantas instituciones, entre las que incluyen a los eupátridas más prominentes. Ni tan siquiera consenten el asentimiento sin fe que Spinoza ideó para conciliar algo tan inconciliable como la lealtad política con la libertad de pensamiento. Los cabromachús escarapelados exigen el abandono del pensamiento crítico y ofrecen, a cambio de una inquebrantable identificación con sus mandatos, el loco que se come el chanchito mientras compiten los carañas de la tribu. Dice el maestro García Trevijano que es imposible someterse a la autoridad de los eupátridas y seguir considerándose capaz de formar un juicio en pie de igualdad con los portadores de la autoridad estatal. La realidad es mucho más miserable. Si alguien se somete a esa autoridad, pasa a formar parte del rebaño agavillado en las zahúrdas de la servidumbre más pastueña. Mi admirable y leal amigo Martín-Miguel Rubio ha escrito sobre la filosofía que desarruga «el severo entrecejo de las verdades eternas». Los proto-próceres y eupátridas echan mano de la quijada de asno para arremeter contra esa filosofía que, si de veras lo es, será deliberación y lucha por la verdad.

Siempre existen pretextos para la sumisión. Siempre cabe acogerse a otras «luchas» que se exhiben como prendas de solidaridad, cooperación y patriotismo y que, una vez que el rostro del trofeo se queda en careta, sólo son infames atentados que se perpetran contra la libertad y la justicia, prostituyendo el derecho y degradando hasta la irrisión a jueces y fiscales benévolos. Además, siempre es posible resignarse con el pensamiento mufico del Rey Lear: «Hasta las criaturas perversas parecen agradables junto a otras más perversas que ellas; no ser el peor basta para merecer algún elogio». La defensa del poder frente a la libertad, de la patria frente a la justicia y del honor frente a la verdad representa el paroxismo de la adulación y crea un profundo vértigo en la aritmética de la memoria. Las palabras de mando y autoridad son palabras por encima de las palabras, aunque nazcan del amor a la mentira, el odio a la libertad y el miedo a la democracia. Que los muertos escriban sobre los muertos

Juan BRAVO

EL VOTO DEL EXILIO

Le cuentan a Juan Bravo algo que en cualquier país democrático del mundo sería estremezador, pero que aquí, en España, ya nos tiene acostumbrados, para nuestra vergüenza: que una parte de la campaña del Partido Popular para las elecciones vascas tendrá que desarrollarse fuera de ese territorio, ante la magnitud de la gente que ha debido abandonarlo por razones evidentes de opresión social, de falta de libertad.

Así lo va a tener que hacer el PP. Viajar al «exilio», a otras provincias españolas, donde miles de vascos se han refugiado, para solicitar su voto que, necesariamente habrá de ejercerse por correo.

Esa es la situación. Justo la contraria a la

que cuenta Arzallus cuando dice que nadie ha tenido que irse del País Vasco, porque ahí no se ha amenazado ni insultado a nadie. A nadie, imaginamos, nacionalista, porque muchos han tenido que emigrar a tierras más cálidas, climatológicamente hablando, hasta el punto de formar colonias cuyo voto puede ser decisivo para formar una mayoría.

Será un espectáculo inusual de esta campaña. Propaganda electoral y mitin junto a la playa, pero no la de la Concha. Por lo menos, ahí no habrá que pensar en si llegan los de la *kale borroka* para reventarlo; pero eso es un triste consuelo.



Joaquín NAVARRO